

La Iglesia reformada de los Países Bajos era, como la francesa, hija de Ginebra, y por las fronteras de Francia y á menudo por intermediarios franceses había penetrado en las Flandes el calvinismo; por esto eran tan grandes las simpatías entre estas dos Iglesias que se miraban como hermanas. Los hugonotes sentíanse amenazados en las personas de los protestantes flamencos y censuraban la aparente inteligencia de Catalina y Felipe II, considerándola como un complot dirigido contra los fieles de Francia y de los Países Bajos.

Tales sospechas, sin embargo, eran injustas, pues la misma corte de Francia se mostró alarmada cuando el duque de Alba partió de Milán y se encaminó á los Países Bajos por la Saboya y el Franco Condado. El ejército que el duque llevaba era tan fuerte que su aproximación espantaba á los Estados situados en el camino que había de recorrer: la duquesa de Lorena, aunque adicta á la política católica, se armó para defenderse; Ginebra se creyó en peligro y los jefes protestantes franceses reclamaron una leva de 6.000 suizos (1). El rey llamó al príncipe de Condé y al duque de Guisa para estudiar las medidas que debían adoptarse, y d'Andelot, coronel general de la infantería encargado de proteger la frontera de Champaña, vino á París para reclutar sus tropas (junio) (2). El embajador de España, sorprendido por estos preparativos, pidió explicaciones, mostrándose asombrado de que «las tropas que Felipe II enviaba á Flandes infundieran sospechas á Carlos IX, cuando la única intención de su soberano era hacer volver á los rebeldes á la obediencia,» y deduciendo categóricamente de esto que el monarca francés no tenía necesidad alguna de esa leva de suizos.

En el entretanto, las fuerzas españolas marchaban á lo largo de las fronteras francesas, adonde la reina madre, deseosa de probar á Felipe II su buena voluntad, hizo llevar seis mil cargas de trigo. El duque de Alba, que en julio se hallaba en el Franco Condado, llegaba á Luxemburgo en 8 de agosto de 1567 y á Bruselas el 22 del mismo mes. Entonces cesaron los temores de la corte de Francia; sin embargo, el rey y su madre visitaron las plazas de Picardía á fin de asegurarse de que se encontraban en buen estado. Pero ¿qué había que hacer con los suizos? El joven rey quiso ver aquellos hermosos regimientos, y Catalina en vista de ello escribió en 21 de agosto al condestable que los hiciera avanzar «y que á lo menos tenga el rey ese entretenimiento que le cuesta su dinero.»

Los jefes protestantes habían contado con un rompimiento que les permitiera socorrer á sus correligionarios flamencos y la reina volvía á adoptar una actitud de neutralidad benévola, manifestándose entonces el profundo desacuerdo que en política separaba á Catalina de los hugonotes: aquélla, resueltamente propicia á la paz por gusto, por temor de aventuras y por miedo á Felipe II; éstos, ardientes partidarios de la guerra por odio á la España católica y por proselitismo religioso. La solicitud con que Catalina abasteció á los españoles desvaneció todas las ilusiones de los reformados, quie-

nes comenzaron á temer que los suizos, reclutados para defender el reino, sirviesen para otros fines, y tomando como prueba sus inquietudes, creyeron que la reina madre estaba de acuerdo con el duque de Alba. Condé y Coligny pusieron gran empeño en conseguir el licenciamiento de los suizos, pero el condestable les contestó rudamente: «¿Qué queríais que se hiciese con esos suizos tan bien pagados, si no se les utilizase?»

A los agravios políticos se añadían las decepciones personales. D'Andelot, que, en su calidad de coronel general, pretendía el mando supremo de la infantería, no pudo lograr que el mariscal de Cossé le obedeciera y se retiró á Bretaña. Condé creía que, en caso de guerra, se le nombraría teniente general; pero el duque de Anjou (Enrique de Orleans), un niño de diez y seis años á quien su madre había aleccionado, le preguntó con qué derecho aspiraba á un cargo que le correspondía á él, como hermano del rey, y provocó al príncipe con palabras y con gestos, «ora teniendo levantada muy alto la espada por el pomo, ora haciendo ademán de coger su daga, ora encasquetándose el gorro, ora levantándose.» Además le amenazó, si continuaba sus gestiones, «con que le haría arrepentirse de ello y le haría tan pequeño como grande pretendía ser.» Condé escuchó, con la cabeza descubierta, insultos y amenazas, y temiendo una emboscada se abstuvo de replicar; pero abandonó la corte en 11 de julio. Con ello el partido protestante recobraba su jefe.

En una reunión celebrada en el castillo de Valery (Yonne) se decidió un levantamiento en armas, y Coligny, después de haber resistido mucho tiempo las súplicas que se le dirigían, al fin cedió y propuso é hizo adoptar el partido más atrevido, es decir, el de apoderarse de la persona del rey como lo había hecho en Fontainebleau el duque de Guisa. Inmediatamente partieron correos en todas direcciones para avisar á los fieles. La organización del partido era perfecta, teniendo, como las sociedades secretas, su santo y seña, sus puntos de reunión, su escritura cifrada y sus signos de reconocimiento. A la primer alarma, los soldados acudían presurosos al lado de los capitanes designados; las colectas de las Iglesias sufragaban los gastos del comienzo de la campaña y luego la guerra con la guerra misma se alimentaba. Este ejército voluntario, más numeroso que el del rey y más fácil de movilizar, partió en pequeños grupos para Rosay-en-Brie, que era el punto de reunión señalado. Los soldados caminaban día y noche, evitando las grandes carreteras «y alojándose unos en casas de hidalgos y otros en granjas en donde encontraban víveres preparados...» El paso de esos hombres armados, en aquella época en que los grandes señores viajaban con numerosa escolta, no causaba gran asombro; y la misma corte, que se hallaba en el castillo de Monceaux, enterada de estos movimientos, no les dió ninguna importancia. Algunos espías enviados á Chatillon vieron al almirante en traje de campo y ocupado en los preparativos de una próxima vendimia; y cuando Castelnau-Mauvissière, de regreso de una misión en Flandes, refirió la confidencia que le habían hecho de un plan «para apoderarse del rey y de todo su Consejo,» el condestable le censuró por la facilidad en creer que pudieran congregarse cien jinetes ni cien hombres de á pie sin que él tu-

(1) La comisión real para la leva de 6.000 suizos es del 25 de mayo de 1567. Rott, *Histoire de la représentation diplomatique de la France auprès des cantons suisses*, II, 1902, pág. 160.

(2) D'Aumale, *Histoire des princes Condé*, I, págs. 539-541.



viera de ello noticia, y el canciller de l'Hopital calificó aquel falso aviso de crimen capital. Pero se inició el espanto cuando Tito de Castelnaud anunció que los protestantes se encaminaban en grandes masas hacia Lagny; entonces la corte se refugió á toda prisa en la plaza fuerte de Meaux (26 de septiembre) y mandó que acudieran allí á marchas forzadas los suizos que estaban acantonados en Chateau-Thierry.

En el Consejo que se reunió para deliberar acerca de las medidas que debían adoptarse, l'Hopital propuso que se enviase á los jefes reformados una diputación á fin de conocer la razón de su conducta; pero la reina, al oír esta proposición, exclamó indignada: «Vos sois quien con vuestros consejos de moderación nos habéis puesto en la situación en que nos encontramos.» El joven rey decía, con más juramentos de los que convenían, que no volverían á engañarle y que iría «á buscar en sus mismas casas y hasta en sus propios lechos á aquellos de quienes se dice que quieren pegársela.»

Habiendo prevalecido en el Consejo el parecer del duque de Nemours, que opinaba que el rey debía volver á París, efectuóse la partida en la madrugada del 28 de septiembre, marchando los suizos al frente y á la cola de la columna y en medio el rey, la reina, las damas, los carros y los bagajes; algunos hidalgos mal armados acompañaban aquella comitiva. Cuando fué de día, vieron aproximarse un grupo de quinientos ó seiscientos jinetes, de entre los cuales se destacó el príncipe de Condé que, sombrero en mano, pidió hablar con el rey; mas no habiendo obtenido respuesta, volvió á juntarse con sus compañeros que se disponían á cargar. Entonces los suizos, arrojando sus paquetes, se echaron en tierra y esperaron el ataque con las picas bajas, y esta actitud contuvo á los asaltantes. Los dos grupos prosiguieron su camino casi tocándose el uno al otro y caracoleando los hugonotes en torno de la escolta real, hasta que, al llegar al Bourget, el condestable hizo alto y el rey por caminos retirados ganó rápidamente París.

Grande fué la humillación de aquel rey de diez y siete años al verse obligado á huir ante sus súbditos «más de prisa que al paso.» Catalina estaba furiosa: dos días antes de la sorpresa de Meaux, ó sea en 24 de septiembre, había recomendado al señor de Gordes, teniente general del rey en el Delfinado, que observara los edictos é hiciera vivir á los súbditos con toda dulzura y tranquilidad; doce días después de la sorpresa, hacía que su hijo escribiera al mismo señor de Gordes (8 de octubre de 1567): «Dondequiera que veáis que algunos se agitan solamente para socorrer y ayudar á los de la nueva religión, les impediréis por todos los medios posibles que se muevan, y si comprendéis que son testarudos y quieren partir, los descuartizaréis sin respetar uno solo, porque cuantos más muertos, tantos enemigos menos.»

De las provincias llegaban malas noticias; la rebelión era general. Los protestantes habían sorprendido Montreuil, Nîmes y Orléans y en la segunda de estas ciudades habían acorralado en el patio del palacio arzobispal á los católicos notables, á los religiosos y á los sacerdotes, asesinandolos, arrojando á los muertos y á los moribundos al pozo y echando sobre ellos una capa de

tierra (30 de septiembre). En aquella matanza, que se conoce con el nombre de la *Miguelada*, perecieron ochenta personas (1).

Los jefes protestantes reunidos en Saint-Denis lamentaban con el rey; los partidarios de la conciliación hacían un último esfuerzo para impedir la lucha, y el canciller de l'Hopital, el mariscal de Vieilleville y Morvilliers habían sido comisionados para recibir las explicaciones de los rebeldes. El escrito justificativo que éstos les entregaron no contenía cargos bien concretos y sí únicamente recriminaciones contra la ambición de los Guisa y quejas por la leva de los suizos. También se hablaba en aquel documento de una promesa hecha al rey de España de exterminar á los de la religión, y el príncipe de Condé aseguraba que á Carlos IX le habían intimidado que cumpliera su palabra. El rey respondió que estaba dispuesto á olvidarlo todo si los sublevados deponían las armas, y ellos se lamentaron de que no se hubiera contestado á sus reclamaciones; y habiéndoles el canciller invitado á que formularan sus peticiones por escrito, suplicaron al rey que licenciara á los suizos, que alejara á los Guisa de la corte y que autorizara la libertad del culto sin reserva ni limitación. Mas comprendiendo que estas reclamaciones sólo interesaban á su partido, consideraron hábil pedir también la disminución de las tallas, la expulsión de los financieros extranjeros y la reunión de los Estados generales.

Los folletos que el partido hacía circular en todo el reino anunciaban la pretensión de perseguir la reforma general del Estado y en ellos se decía que el señor príncipe de Condé no había tomado las armas solamente en pro de las Iglesias protestantes, sino en favor del pueblo entero «sin excepción alguna de personas ni de religión.» Únicamente la asamblea de los Estados generales tenía el derecho y el poder de remediar los males de este reino, «puesto que la monarquía de Francia ha estado desde un principio templada por la autoridad de la nobleza y de las comunidades de las provincias y grandes ciudades de este reino.»

A esta nueva «Liga del Bien Público» respondió el rey con el ceremonial de los tiempos antiguos: un heraldo de armas precedido de trompetas presentóse en el campamento de Saint-Denis é intimó nominalmente al príncipe de Condé, á d'Andelot, á Coligny y á los demás jefes á que acudieran sin armas adonde estaba el monarca, bajo pena de ser convictos de rebelión (7 de octubre). Aquel inusitado aparato les inquietó, y temiendo haberse excedido en su derecho, al hablar de las tasas y del gobierno, «se tocaron con su camisa,» según frase de d'Aubigné, y ya no exigieron sino el restablecimiento puro y simple del Edicto de Amboise; pero habiendo el condestable reivindicado para el rey el derecho de modificar los Edictos, y aun de revocarlos si lo estimaba necesario, las negociaciones quedaron rotas.

Entonces los protestantes bloquearon París, sitiando con su pequeño ejército la ciudad inmensa y el ejército, más fuerte que el suyo, que le servía de guarnición. Desde Saint-Denis, sus exploradores se diseminaron por

(1) Se realizó al día siguiente de San Miguel y de aquí el nombre de *Miguelada*.

ambas orillas del Sena, saqueando la comarca, vaciando los granjas y deteniendo los convoyes. Ya no llegaba á París el pan de Gonesse, y los gallineros y vivanderos no se atrevían á llegar hasta Saint-Cloud; los Mercados estaban vacíos y la población comenzaba á sufrir y protestaba contra Montmorency, que permanecía quieto dentro del recinto, acusándole de guardar demasiadas consideraciones á sus sobrinos, los Chatillon y el príncipe de Condé.

El condestable, que mandaba venir soldados de todos lados, reunió muy pronto 18.000 hombres de á pie y además unos 3.000 jinetes que le proporcionaron las compañías de ordenanza. Esperaba también 1.500 caballos que el duque de Alba había prometido á Carlos IX en cuanto había tenido noticia de la rebelión; mas habiendo Condé enviado hacia Passy á d'Andelot con 600 caballos y 700 arcabuceros para cerrar el paso á aquel socorro, el condestable aprovechó aquella oportunidad para atacar al grueso de las fuerzas enemigas. El día 9 de noviembre transcurrió entre escaramuzas; durante la noche, el condestable hizo que se produjeran algunas alarmas á fin de obligar á los protestantes á no moverse de caballo y á velar, y el día 10, muy de madrugada, hizo salir el ejército católico de la ciudad y lo desplegó á derecha é izquierda de la gran calzada de París á Saint-Denis. En la llanura, las aldeas de Aubervilliers y de Saint-Ouen formaban dos eminencias y servían de refugio.

Los jefes protestantes deliberaron á caballo: no podían poner en línea de combate más que 1.000 ó 1.200 arcabuceros y 1.400 ó 1.500 jinetes montados en caballos de marcha y armados, á guisa de lanzas, de largas pértigas á las que los herradores de Saint-Denis habían puesto puntas de hierro. A pesar de esto Condé se declaró en favor de la batalla, si bien Coligny consiguió que se empeñara lo suficientemente tarde para poder retirarse, en caso necesario, á favor de la noche. El almirante se situó en el ala derecha, en Saint-Ouen; Genslis permaneció en Aubervilliers con el ala izquierda, y el príncipe, colocado entre los dos, mandaba el cuerpo de batalla.

El condestable, para acorralar á los protestantes hacia el Sena, quiso cortarles la comunicación con Saint-Denis y atacó Aubervilliers, mandando cañonear esta aldea con 14 piezas, desde las alturas de la Villette, sin causar en ella grandes daños. Biron y Cossé, á quienes dió orden de cargar, viéronse detenidos por un foso, bien guarnecido de arcabuceros. Los protestantes eran más afortunados: Coligny rompió las filas de la caballería ligera que le hacía frente y puso en fuga á un regimiento de voluntarios parisienses; y Condé, que tenía delante las compañías de ordenanza, se esquivó y embistió directamente al condestable. El choque fué tan rudo que éste se vió abandonado por muchos de los suyos; uno de los compañeros de Condé, Estuardo, le intimó que se rindiese, y el anciano le golpeó la mandíbula con el puño de la espada rompiéndole tres dientes, recibiendo en el mismo momento un tiro en los riñones que le hizo caer mortalmente herido.

En el entretanto, Coligny, agotado por su primer esfuerzo, y el mariscal de Montmorency se revolvía contra el escuadrón de Condé; las tropas francesas y suizas estaban intactas. Pero la noticia de la herida del

condestable introdujo la confusión en el ejército real y de ello se aprovecharon los protestantes para regresar á Saint-Denis, si bien la inferioridad de sus fuerzas les obligó á batirse en retirada hacia Montreuil.

La reina madre hizo funerales casi regios al condestable, fallecido en 12 de noviembre; pero al verse libre de aquel censor taciturno, guardóse de nombrarle sucesor y confió el mando del ejército á su propio hijo, Enrique de Anjou, bajo la tutela del duque de Nemours, del duque de Montpensier y del mariscal de Cossé.

Los protestantes habían solicitado el auxilio de sus correligionarios alemanes. Los príncipes luteranos de Wurtemberg, Hesse, Brandeburgo y Sajonia, en su odio al calvinismo, no les dieron ayuda alguna; en cambio, el Elector palatino, Federico III, que era calvinista y que se declaró partidario de los hugonotes franceses, facilitó dinero, reclutó soldados y reunió un ejército de socorro cuyo mando confió á uno de sus hijos, Juan Casimiro, calvinista como él, joven ambicioso y batallador, ávido y fervoroso, que fué toda su vida el campeón y también el condottiero de la Reforma. En diciembre de 1567 se puso en marcha y atravesó la Lorena; Condé y Coligny salieron á su encuentro y aunque el duque de Nemours habría querido activar su persecución para aniquilarlos antes de que llegaran los alemanes, la mala voluntad y la inercia del mariscal de Cossé lo impidieron. En Sarre, el 21 de noviembre, los protestantes habrían sido completamente derrotados, si Cossé hubiese hecho maniobrar la caballería; pero no lo hizo y Condé y el almirante tuvieron tiempo de alejarse á marchas forzadas hacia Saint-Mihiel y el Mosa, y el 16 de enero de 1568 se reunieron con el ejército de socorro, compuesto de 6.500 raitres y 3.000 lansquenetes.

Entonces los protestantes resolvieron dirigirse á París, pero por el camino más corto, á fin de evitar todo encuentro con el ejército real, al que se había juntado el duque de Nevers con tropas italianas y 6.000 suizos; al efecto pasaron el Marne, cerca de sus fuentes, y el Sena junto á Chatillon y llegaron al Loira por Jargeau, formando, gracias á su unión con las fuerzas del Rouergue, del Quercy y del Delfinado, que habían hecho levantar el sitio de Orléans y tomado Blois y Tours, una masa de unos 30.000 hombres. El ejército católico se había retirado á París. Condé puso cerco á Chartres, que era uno de los graneros y de los baluartes de la capital, y Catalina, alarmada, manifestóse dispuesta á entrar en negociaciones. No menos necesaria era la paz á Condé, pues los raitres reclamaban sus soldadas y amenazaban rebelarse; la reina de Inglaterra se negaba á anticiparle dinero, y muchos hidalgos, cansados de la guerra, le abandonaban; de aquí que firmara, en 23 de marzo de 1568, el tratado de Longjumeau que restablecía el edicto de Amboise en todas sus cláusulas sin restricción ni limitación y por el cual el rey se comprometía á pagar á los raitres, que habían de salir inmediatamente del reino, y á licenciar más adelante las tropas que había reclutado. Muchos protestantes censuraron á Condé por haber firmado la paz sin otra garantía que la real palabra. ¿Podían, después del atentado de Meaux, contar con el gobierno que hasta entonces les había tratado con ciertas consideraciones?